



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



CAPÍTULO 12

LOS CONSTRUCTOS PERSONALES DE KELLY

Aquilino Polaino-Lorente
Araceli del Pozo Armentia

1. Kelly y el **alternativismo constructivo**

Percibir y juzgar son funciones psicológicas muy relevantes que, por estar al principio y al final de los procesos cognitivos, acaban por incidir de forma irrenunciable en la construcción de la personalidad. Perteneció a Kelly (1905-1967) el mérito de haber intentado una nueva teoría de la personalidad que, por otra parte, ha revelado ser muy eficaz para la psicología y la psicopatología.

La teoría de los constructos personales de Kelly es novedosa, imaginativa y ha abierto nuevas perspectivas en el estudio de la personalidad, a pesar de que entonces no tuvo demasiada repercusión y todavía hoy es desconocida por muchos. Sus ideas fueron recibidas con cierto escepticismo por parte de algunos, pero en estos últimos años son cada vez más los que siguen esta orientación y dan a conocer dicha teoría. De hecho, su aportación fundamental al desarrollo de las teorías de la personalidad consiste en insistir en las categorías perceptivas y conceptuales de la persona, como claves imprescindibles para entender todos sus procesos psicológicos.

La teoría de Kelly es esencialmente *idiográfica*, es decir, centrada en los modos en que una persona se enfrenta al mundo; y *holística*, ya que tiene en cuenta la totalidad de la persona. Es además una teoría que se enmarca en el *constructivismo*, pues considera, como un aspecto decisivo en el hombre, el esfuerzo por construir conceptualmente su mundo; además de ser una teoría también *contextualista*. De hecho Kelly, señala los aspectos idiosincráticos, es decir, las características subjetivas propias, pero sin olvidar el papel que desempeñan la experiencia, el contexto y la realidad sociocultural del sujeto.

Su alto grado de formalización, así como la coherencia interna y la precisión de las relaciones entre los principios teóricos, los instrumentos diagnósticos y las aplicaciones terapéuticas, hacen que la teoría de Kelly ocupe un destacado lugar en el panorama actual de la psicología de la personalidad.

Quizá, el mayor interés de esta teoría reside en la gran relevancia que el modelo del «homo construens» tiene en la actual psicología de la personalidad.

Estos planteamientos aparecen fundamentalmente en dos obras del autor: «Psychology of Personal Constructs» (1955) y «A Theory of Personality» (1963).

Kelly interpreta la conducta en términos cognoscitivos, es decir, hace hincapié en la forma de percibir los acontecimientos, en el modo en que se interpretan y en la manera de comportarse respecto de esas interpretaciones.

La posición de Kelly contrasta en muchos sentidos con las teorías de la personalidad basadas en dimensiones o rasgos. Su novedad acaso resida en que hasta ahora las teorías de la personalidad se han interesado por los adjetivos que califican a las personas (introverso, inteligente, divertido, etc.), como atributos del objeto que se está calificando; Kelly, en cambio, se interesa por ellos, pero sólo en tanto que modos de construcción de la personalidad, que califica a quien así construye la realidad.

Habitualmente cuando oímos un comentario, una calificación o un juicio de valor sobre algo, no atendemos al que juzga sino a lo por él juzgado. Le damos tanta importancia a la cosa juzgada, a la realidad, a lo real, que nos olvidamos de quien lo ha juzgado, del sujeto que así lo juzga.

Por ejemplo, si yo digo que alguien es tonto, puede haber quien no opine igual y tenga sus razones, y otros que estén de acuerdo. Pero lo que, probablemente, no se hará será discutir sobre lo que yo he dicho y, en consecuencia, nadie me preguntará por qué lo he dicho. Cuando se dice algo así, es preciso debatir acerca del contenido de lo dicho, el mensaje, y solicitar las razones en que se fundamenta. Si a alguien se le dice que es callado, es muy probable que esa persona no pregunte por qué se dice eso de ella sino que, inmediatamente, se cuestionará como si lo dicho fuera verdad.

Esto es un error, y es lo que nos diferencia a unos de otros, porque el modo de proceder más adecuado sería que si alguien dice algo, la realidad sea lo dicho por ese alguien y no lo que significa eso, dicho por ese alguien. La realidad es lo que se dice, lo dicho, no lo significado por quien lo dice o por quienes lo escuchan. Si alguien dice que un reloj es viejo, puede serlo o no y la realidad sobre la que hay que discutir es lo que se acaba de afirmar, es decir, la proposición de que el reloj es viejo. Eso es lo

que hay que cuestionar, no que el reloj sea viejo o no. Esto último es independiente de lo que se ha dicho.

Cuando oímos un atributo o una calificación acerca de una persona, lo importante es que nos volvamos sobre el calificador, no sobre la persona calificada. Gracias a este modo de proceder se ha desarrollado esta teoría de la personalidad, que hoy está vigente en ciertos sectores de la investigación psicológica.

Esta postura aparece claramente reflejada en el siguiente comentario expresado por el propio Kelly:

«Si digo que el zapato del profesor "X" es "introvertido", todos miran al zapato como si se tratase de algo de lo que fuese responsable el zapato. O si digo que la cabeza del profesor "Y" es "discursiva", todos le miran como si la proposición hubiera salido de su cabeza y no de la mía. ¡No miren su cabeza! ¡No miren al zapato! ¡Mírenme a mí! Yo soy el responsable de estas declaraciones. Después de que se hayan imaginado lo que quiero decir, deben mirar hacia allá para ver si logran sacar sentido de los zapatos y las cabezas construyéndolas en la forma en que yo lo hago» (1958, p. 40).

Cuando calificamos a una persona de generosa o avara, por ejemplo, estamos empleando adjetivos con cuyo significado etiquetamos a esa persona. Atribuir una propiedad, un modo de ser a una persona no es otra cosa que juzgarla. De ordinario, damos más importancia al juicio que hacemos que a la persona que juzga; a la calificación, que a quien califica.

Debemos de tener en cuenta que quien juzga queda el mismo juzgado en la cosa o persona que juzga. De hecho, cuando juzgamos injustamente a otra persona cometemos un error contra ella (a lo cual se da mucha importancia), pero a la vez somos juzgados por nuestro propio juicio como personas injustas (a lo que habitualmente no prestamos ninguna atención; Polaino-Lorente, 1986).

Kelly sostiene que el modo como calificamos a los demás constituye, simultáneamente, un cierto modo de conocer, un modo de construir el mundo mediante constructos a través de los cuales también autoconstruimos nuestra propia personalidad. Dicho de otra forma: el modo en que aplicamos una determinada categoría cognitiva y descriptiva a un determinado acontecimiento o persona, constituye simultáneamente un modo de clasificar el mundo en el que queda tipificada y construida nuestra personal forma de ser. Al clasificar a los demás, y por virtud de esa clasificación, nosotros mismos quedamos clasificados.

Cuando en la pareja, un cónyuge califica al otro, él mismo queda así calificado, hasta el punto de que el segundo puede hacerse una idea de cómo es, de qué personalidad tiene el primero, a través de las calificaciones que hace.

Este modo de calificar la realidad personal de los demás condicionará en gran parte nuestro comportamiento, independientemente de que el mismo proceso calificador esté abierto al contexto e interactúe con él.

Esta teoría viene a poner de manifiesto que el novio y la novia o los esposos parten de una teoría implícita acerca de cómo es el otro, teoría que se explicita en el modo en que recíprocamente se califican o descalifican.

Los esposos actuarían así como científicos encubiertos que someten su propia experiencia a ciertos esquemas en los que se engloba su pasado, presente y futuro. Una vez que ha sido calificada la otra persona, cabe formular unas expectativas implícitas acerca de ella —lo que posteriormente se cumplirá o no—, contribuyendo así a verificar o refutar la validez de la teoría implícita que se formuló acerca del otro.

Las expectativas que así se forman constituyen un motor del propio comportamiento y de las acciones que en el futuro se emprendan. La repetición de este modo de percibir y de conceptualizar al otro constituirá, con el tiempo, un marco de referencia estable, un modo de ser personal, en definitiva, una determinada personalidad.

Gracias a las expectativas que se forman, la persona que califica anticipa y, en cierto modo, predice cual será el comportamiento del otro. Cuando sus predicciones no se cumplen o no pueden ser verificadas, entonces, lo correcto es cambiar de teoría. Si no se modifica ésta, si la rigidez en el modo de calificar a los demás no cambia —a pesar de estar equivocado—, entonces su personalidad puede sufrir una distorsión o alteración (Polaino-Lorente, 1986).

2. La teoría básica de Kelly: el postulado fundamental y los corolarios

En la teoría de Kelly el hombre se equipara a un científico. Para ello establece las oportunas semejanzas entre la actividad intelectual del científico y la actividad judicial diaria del hombre de la calle. Kelly sostiene que en ambos procesos hay un ámbito de aplicación determinado, que marca la amplitud de los fenómenos que abarca, y un centro de conveniencia, que cubre aquellos aspectos de la realidad para los que es útil.

Ambos son marcos de referencia que resumen nuestro saber sobre las cosas. De ellos se desprenden predicciones concretas que, posteriormente, serán o no aceptadas, en función de su utilidad mayor o menor para anticipar adecuadamente los hechos.

Esto hace que el modelo inicial esté sometido a cambios continuos. Todo cambia continuamente y el modelo de hombre que aquí resulta es un ser, cuya actividad fundamental, no es la de responder a estímulos,

sino la de organizar la realidad abstrayendo, generalizando, haciendo juicios, valorando y, sobre todo, prediciendo.

En la teoría de Kelly se apela al *alternativismo constructivista*, porque a lo largo de la experiencia y de lo que nos sucede, los constructos personales van modificándose. Según el constructivismo, no hay una realidad objetiva por descubrir, sino más bien un intento de construir sucesos e interpretar acontecimientos, a fin de darles un cierto sentido. Y, ciertamente, hay muchas alternativas, muchas formas de «construir» la realidad.

Desde este punto de vista, puede afirmarse que la personalidad de cada sujeto se identifica, en algún modo, con el modo en que proceden los científicos.

La personalidad de cada persona es el resultado, el apretado resumen de cuál haya sido su experiencia biográfica desde que nació. La vida del hombre puede parangonarse así con la trayectoria profesional de un científico. Observamos el mundo, alcanzamos un significado, formulamos hipótesis, las lanzamos, realizamos nuestra conducta en función de esas hipótesis y, precisamente por eso, a veces nos equivocamos y obtenemos malas consecuencias, y a veces acertamos y obtenemos un cierto elogio social.

Esto significa que verificamos, refutamos o comprobamos nuestras hipótesis. Cada vez que se verifica una hipótesis se condiciona (aumenta la posibilidad), el que usemos ese mismo constructo en el siguiente elemento que observemos. Por contra, cada vez que nos equivocamos en la hipótesis formulada, disminuye la probabilidad de que empleemos ese mismo constructo equivocado en el modo de enfrentarnos a situaciones similares en el futuro.

Se puede entonces afirmar que el ser humano funciona como el científico. Aunque de hecho no lo sea, porque no sometemos las cosas a experimentación en un laboratorio, ni controlamos las demás variables, ni apuntamos si las hipótesis se han verificado o falsado; pero, no obstante, el hecho es que en la vida funcionamos con hipótesis. De hecho, cuando establecemos un juicio acerca de alguien, —casi siempre una especie de juicio «a priori», rapidísimo e inmediato sobre una realidad mal percibida—, en realidad estamos estableciendo una hipótesis, estamos anticipando algo no bien fundamentado.

Lo más importante para Kelly es la *predicción*, por considerar que la conducta humana es esencialmente *anticipatoria, más que reactiva*. De hecho, el postulado fundamental de la teoría de Kelly viene así expresado: «Todos los procesos psicológicos de una persona, incluida su conducta externa, están determinados y se canalizan psicológicamente por el modo en que el individuo anticipa los acontecimientos que van a suceder en el futuro» (Kelly, 1966, p. 69). Por tanto, anticipar y predecir constituyen el aspecto nuclear de esta teoría.

De este postulado, fundamento de la teoría, se derivan una serie de corolarios que completan su desarrollo.

Toda predicción se hace a partir del sistema total de categorías cognitivas de que dispone cada persona. Las diferencias entre los individuos dependen no sólo de sus diversas historias personales sino, sobre todo, del modo particular en que cada uno construye su propio mundo, de acuerdo o conforme a sus propias categorías cognitivas.

El hombre no es una «tabla rasa», ya que lo que percibimos puede estar afectado por el error. Lo importante no son sólo las cosas que percibimos, sino cómo las categorizamos y las calificamos. Cuando categorizamos y calificamos la realidad, lo hacemos según claves mentales, personales y no según la naturaleza de la cosa percibida y/o juzgada.

En definitiva, esta teoría de la personalidad, considera que lo que realmente importa es el modo en que cada hombre construye su mundo con significados, conceptos, categorías y calificativos. En lo conceptual y más abstracto todos podemos estar de acuerdo. Todos podemos estar de acuerdo en que algo que estamos viendo es una silla, pero uno dirá que la silla tiene dos colores y ese es un modo de describirla. Otro, en lugar de ver y distinguir dos colores en esa silla, lo que percibirá será una silla con brazos, lo cual también es verdad. ¿Qué es lo que hace que dos personas perciban aspectos distintos, si ante ellos tienen la misma cosa, aún cuando los dos tengan razón? ¿Por qué cada persona abstrae un diferente significado?

Nos contradecemos y nos diferenciamos en función del significado que damos a las cosas que percibimos. El significado de lo que percibimos es, desde luego, importantísimo desde el punto de vista psicológico y psiquiátrico, aunque sea mucho menos relevante desde el punto de vista ontológico.

Cada persona construye su mundo a través de significados, que son individuales y personales. En esto, precisamente, nos diferenciamos de todos los demás. En última instancia, éste es el substrato fundamental, la clave que nos permite hablar de una propia y singular personalidad.

La teoría de Kelly pone de manifiesto que la persona humana es un ser activo, cuya personalidad consiste, ante todo, en organizar la realidad a través del encadenamiento de los juicios que sobre ella se hacen. Dichas categorías cognitivas, con las que juzgamos, manifiestan el modo en que somos y nos comportamos, cómo enjuiciamos la realidad y en qué medida predecimos y anticipamos el comportamiento ajeno.

2.1. *Acerca del constructo*

¿Qué es un constructo? Los constructos representan nuestra singular manera de construir o interpretar el mundo personal. Es un concepto que

utiliza la persona para clasificar sucesos y para programar o planificar la propia conducta. De esta forma, la persona experimenta una serie de sucesos, los interpreta y trata de estructurarlos y darles significado. Esta continua estructuración conduce a la formación de los constructos. Sin constructos la vida sería caótica. Según Kelly, un constructo es una categoría descriptiva que se utiliza para describir ciertos acontecimientos.

La clave de los constructos con los que funcionamos pone de manifiesto el sistema cognitivo que cada uno tiene. Este sistema cognitivo tiene una función decididamente anticipatoria. Un constructo funciona bien si es capaz de predecir los hechos anticipando las respuestas correspondientes que hay que poner en marcha para adaptarse a ellos.

Además, cada constructo tiene su propio ámbito de aplicación, lo que se llama «*rango de conveniencia*». Cuando, por lo general, un constructo se aplica fuera de su propio ámbito no resulta eficaz en lo relativo a la predicción y puede dar lugar a respuestas desadaptadas.

Kelly considera otro componente, el «*foco de conveniencia*» que constituiría una relativa restricción del «*rango de conveniencia*», especialmente para aquellos hechos o acontecimientos a los que el constructo puede ser aplicado de una forma más segura.

Para la génesis de un constructo se necesitan, al menos, tres elementos; dos de ellos han de percibirse como similares entre sí y el tercero como diferente de los otros dos. La similitud entre estos dos elementos semejantes configura el *polo de similitud*; por el contrario, a su disimilitud con el tercer elemento se le llama *polo de contraste* del constructo. Kelly resalta con un énfasis especial la comparación entre la similitud y el contraste en cada constructo: «Recordemos que (...) en este contexto mínimo una construcción sería un modo en el cual dos cosas son iguales y diferentes de una tercera (...) El contexto mínimo para una construcción son tres cosas (...), dos que tienen semejanza y una que es diferente.» (Kelly, 1966, p. 151).

Una determinada construcción se extiende de un polo a otro, de manera que cada juicio puntual acerca de otra persona ocupa una determinada posición a lo largo de ese «constructo bipolar». Los constructos son *dicotómicos* y *bipolares*, modos únicos de clasificar el mundo. No podemos conocer la dimensión cognitiva que una persona está utilizando, hasta no conocer los dos polos del constructo: Divertido - aburrido / Divertido - triste / Divertido - soso / Divertido - ¿?

La mayoría de los constructos personales son por tanto bipolares: negro-blanco, rojo-no rojo, muerte-vida, día-noche. Hay también constructos bipolares que se pueden aplicar a la persona, como introvertido-extravertido, inteligente-no inteligente, simpático-antipático, divertido-aburrido. Mediante estos juicios calificamos a los demás, si no de un modo explícito, al menos implícitamente.

No obstante, hay constructos que aparentemente no tienen un polo opuesto, de contraste. En esos casos se habla entonces de *constructos sumergidos*. Por ejemplo: «self»-los demás, rojo-verde-incoloro, etc. En estos casos, la tarea del investigador consiste en elicitar el polo sumergido de esos constructos, es decir, en encontrar la expresión verbal más adecuada de ambos polos, para tratar de identificar la dimensión personal más completa del sujeto. Si no se satisface esta tarea, la identificación del constructo no es completa.

En definitiva, ¿qué es lo que diferencia a una persona de otra? El constructo que ella misma establece y emplea. Ese constructo consiste fundamentalmente en el modo en que abstraemos la realidad dándole un significado, significado que es diferente de una persona a otra, y consiste en el modo en que enjuiciamos y valoramos las cosas, en la forma en que generalizamos los juicios que hacemos o, dicho de otra forma, en el modo en que predecimos o anticipamos lo que va a suceder. Esta es una variable de personalidad muy relevante, a pesar de que el hecho de predecir o anticipar lo que nos va a ocurrir constituya a su vez un constructo más.

Esto es lo que sucede cuando juzgamos a las personas como permeables o rígidas, divertidas o aburridas, generosas o avaras. El modo en que atribuimos esos conceptos a los demás (categorías cognitivas), desvela y pone de manifiesto cómo somos (personalidad), qué esperamos (anticipación y predicción), y cómo nos conduciremos en el futuro (conductas) de acuerdo con ello, de manera que nuestro comportamiento resulte adaptativo. De otro lado, nuestro comportamiento, será adaptativo o no, si genera consecuencias que, además de verificar o no la propia teoría, acaban por configurarnos como lo que realmente somos.

Esta teoría de la personalidad tiene mucho que ver con la teoría de la adaptación. En realidad, apenas se interesa por el pasado, sino fundamentalmente por el futuro. El pasado sólo interesa aquí de un modo indirecto, en tanto que consolida, a través de la experiencia personal, la validez y fiabilidad de los constructos con los que trabajamos.

Por contra, lo que realmente interesa es el futuro, porque cuando juzgamos, valoramos o asignamos un calificativo a un acontecimiento, lo que estamos haciendo es anticipar.

La percepción y el juicio suelen marchar juntos. Al percibir a alguien, inmediatamente, ya le hemos juzgado, al menos de un modo implícito, aunque explícitamente no lo hayamos hecho. Cuando percibimos y juzgamos estamos jugando con nuestras propias categorías cognitivas, sin que realicemos habitualmente una observación pormenorizada y rigurosa de aquella persona, examinándola de arriba a abajo. Cada persona, con su modo peculiar de construir, es la que establece el juicio acerca de lo que percibe, sin atenerse demasiado a la objetividad de lo observado.

2.2. *Algunos corolarios de la teoría de Kelly y los conflictos conyugales*

Los constructos personales pueden medirse y cuantificarse. Si estableciéramos 40 constructos (feo-guapo, joven-viejo, etc.) y se pidiera a una persona que con esos constructos calificara a otras personas de su entorno, podríamos valorar sus constructos, ya que mediante el pertinente procedimiento estadístico, podría obtenerse el perfil de los constructos de ese sujeto, y esa sería una importante dimensión de su personalidad. De hecho, donde más se implica la persona es precisamente en sus propios juicios. El juicio es lo más íntimo al hombre.

Con los constructos personales cada sujeto trata de anticipar lo que va a suceder. Se pone aquí en juego el primer corolario que deriva del postulado fundamental desarrollado por la teoría.

1. *El corolario de construcción* sostiene que «una persona anticipa los acontecimientos construyendo sus réplicas» (Kelly, 1966, p. 74). Se entiende por réplica un experimento inspirado en una situación análoga anterior, con el cual se trata de verificar ciertos resultados. Solamente cuando a los acontecimientos se les dota de ciertos principios, cuando se les ha encontrado una significación y regularidad, es posible reducirlos y anticiparlos. Gracias a la observación de las regularidades temporales podemos anticipar las noches, los días y las estaciones del año. Por tanto, mediante la construcción sucesiva de ciertas réplicas, los sujetos pueden anticipar también el comportamiento de otras personas.

A causa de ello, nos diferenciamos unos de otros en los diversos constructos que empleamos y en el modo en que anticipamos lo que todavía no ha sucedido.

Si las personas se diferencian unas de otras en el modo en que construyen la realidad, esto quiere decir que dos personas que tengan la misma o muy parecida historia personal —lo que es muy difícil— pueden ser, sin embargo, radicalmente distintas. Por contra, puede que haya dos personas que tengan historias completamente diferentes y, sin embargo, se comporten de forma casi idéntica.

Lo que aquí importa no es la historia personal, sino los procesos psicológicos que subyacen y son responsables de los constructos de que disponemos. En este punto entran en juego los dos corolarios siguientes de la teoría de Kelly:

2. *El corolario de la individualidad*, según el cual «las personas difieren unas de otras por el modo en el que construyen los acontecimientos» (Kelly, 1966, p. 80). En esta afirmación radica el fundamento de las diferencias individuales, es decir, de los procesos que median los constructos. Dos personas con historias similares pueden emplear procesos psicológicos distintos. En cambio, el empleo de procesos similares de construc-

ción garantiza una cierta similitud comportamental, aún con historias personales muy diversas.

3. *El corolario de organización* sostiene que «cada persona desarrolla de modo característico un sistema de constructos, entre los cuales se dan ciertas relaciones ordinales» (Kelly, 1966, p. 82). Este principio es continuación del corolario de individualidad y confirma que las diferencias individuales no dependen sólo de las diversas construcciones de los acontecimientos, sino también de la organización y del orden existente entre los diferentes constructos (estructura jerárquica del sistema).

Si dos personas disponen de los mismos constructos, probablemente es porque procesan la información de una forma análoga y, por tanto, se conducen de un modo muy semejante, independientemente de que tengan una historia biográfica y personal muy diferentes. Si calificamos a las personas con ciertos términos (mayor-joven, pequeño-grande, guapa-fea, lista-tonta) y vamos coincidiendo en los adjetivos que empleamos, aunque nuestras historias biográficas personales sean muy diferentes, es probable que nuestro tipo de personalidad sea muy parecido.

La mayor parte de las personas no juzga o califica las cosas que observa. Más bien emplea dimensiones muy diversas cuando acude a su pequeño «diccionario», con ayuda del cual atribuye un significado a las cosas y las califica; ese «diccionario» dispone de muy contadas categorías.

Esas categorías, esos constructos están ordenados jerárquicamente, además de organizados, porque esa es la única manera de que entre un constructo y otro no se planteen graves conflictos. No se puede decir que algo es a la vez feo y bonito. Se puede decir, en cambio, que no es lo uno ni lo otro, y eso se llama indiferencia.

Desde esta perspectiva, la personalidad se nos aparece como el conjunto, la suma limitada de constructos que nos permiten categorizar y calificar una realidad, dándole un significado.

A la hora de considerar el carácter bipolar de los constructos, puede ocurrir que una persona coincida con otra persona en el extremo polar de un constructo, pero esto no significa que forzosamente coincidan también en el otro. Por tanto, una misma persona no resulta igualmente calificada por otros cuando dice, por ejemplo, que es simpática, entre otras cosas porque desconocemos la otra clave, el otro polo del constructo en que puede haber o no coincidencia entre ellas.

4. *El corolario de dicotomía* viene, precisamente, al encuentro de esta cuestión, al afirmar que «el sistema cognitivo de una persona se compone de un número limitado de constructos dicotómicos» (Kelly, 1966, p. 86). Es decir, que nuestros modos de ver la realidad se estructuran alrededor de ciertos ejes que son bipolares.

El hecho de que cada persona elija un polo del constructo para calificar un acontecimiento depende de su experiencia previa, de los valores por los que haya optado y de que se haya decidido bien por la extensión, o bien por la definición de la calificación.

5. Entra aquí en juego el *corolario de elección*: «una persona escoge para sí la alternativa, en una construcción dicotómica, por la cual anticipa la mayor posibilidad de extensión y definición de su sistema» (Kelly, 1966, p. 92). Para llegar a él, Kelly se sirve de un razonamiento deductivo a partir del postulado principal y del corolario de dicotomía: si lo que permite el sistema de constructos es predecir y anticipar (postulado principal), y si todo elemento del sistema consta de dos polos (corolario de dicotomía), en la predicción de los acontecimientos utilizaremos aquel polo de cada constructo que mejor nos sirva para predecir.

En cada constructo dicotómico, cada persona elige aquella alternativa, gracias a la cual anticipa la mayor elaboración (extensión/definición) de su sistema. Dice Kelly: «¿Qué escogerá el hombre, seguridad o aventura? ¿Será lo que le lleve a la certeza inmediata o lo que le proporcionará, eventualmente, una comprensión más amplia? (...) cualquiera que sea su elección, su decisión es esencialmente elaborativa». (Kelly, 1966, pp. 92-93).

La ganancia en predicción se manifiesta a través del concepto de elaboración. En cada elección-elaboración caben dos posibilidades:

Si se elabora en cuanto a la extensión, la persona logrará abarcar un mayor número de fenómenos, aunque como consecuencia de ello tendrá una mayor posibilidad de error.

Si se elabora en cuanto a la definición, la persona tendrá mayor precisión en las predicciones que realice, pero abarcará un menor número de fenómenos. Este es el constructo más controvertido, porque apela al concepto de elección, es decir, a la intención por parte del sujeto.

Si optamos por invadir todas las percepciones con un solo constructo nos hemos decidido por la extensión, es decir, tomar una categoría y extenderla a todo lo percibido. Si, por el contrario, optamos por la definición, nos hemos decidido por aplicar con mucha precisión y rigor una bien determinada y concreta categoría a una percepción, aunque eso nos impida aplicar tal calificación a muchas percepciones, es decir, aunque nos obligue a reducir la extensión.

En el primer caso, las personas que optan por la extensión, suelen ser personas arriesgadas; en el segundo caso, en cambio, las personas que optan por la definición, suelen ser personas precavidas, que buscan la seguridad. Surge así una variable de personalidad: arriesgado o no arriesgado.

El que cambiemos o no los constructos a lo largo de la vida dependerá de cómo haya sido nuestra experiencia personal. Si hemos salido con cinco personas que eran muy ordenadas y al final nos ha ido muy mal con

ellas, en cuanto veamos a una persona ordenada nos alejaremos de ella y lo que todavía no ha hecho, no le vamos a dar ocasión de que lo haga en nuestra presencia, porque anticipamos, simbólicamente, lo negativo de su conducta (según nuestra experiencia) y, en consecuencia, lo evitaremos, y hasta es posible que vayamos en busca de personas desordenadas.

6. A fin de evitar el conflicto ha de apelarse al *corolario de ámbito o aplicación*, según el cual «todo constructo es conveniente para anticipar un número limitado de acontecimientos» (Kelly, 1966, p. 97). Es decir, cada constructo es útil para un determinado campo de aplicación, más allá del cual deja de ser útil. En el fondo, los constructos son herramientas que permanecen o cambian, en función de la utilidad que generan.

La personalidad entra en conflicto cuando, ante una misma persona o hecho, se dispone de dos constructos diferentes, de los que derivan anticipaciones y predicciones contradictorias.

En cada constructo (dicotómico) cada persona elige uno de los polos, desde los cuales hace sus predicciones. En estas predicciones unas personas arriesgan más que otras. Son más prudentes aquellas personas que realizan un ajuste fino, por cuya virtud mejoran su precisión en cuanto predicen. Por contra, los imprudentes generalizan sus predicciones a los más variados hechos, en ámbitos muy diferentes, lo que suele disminuir su precisión y aumentar sus errores.

Tales errores predictivos son los que suelen estar en el núcleo en donde se generan los conflictos conyugales. En cierto modo, la sensación de desilusión o desengaño experimentada por muchos de los cónyuges, después de varios años de matrimonio, obedece precisamente a que las predicciones que realizaron antes del matrimonio, más tarde, no se cumplen. En una situación como ésta caben dos soluciones: en primer lugar, la de cambiar el constructo, con lo que se modificarán las predicciones y su comportamiento se tornará más ajustado, resolviéndose así el conflicto. Y, en segundo lugar no modificar el constructo, sino más bien robustecerlo, con lo que sus predicciones no se cumplirán, su conducta quedará frustrada y el conflicto agigantado.

La experiencia de la vida conyugal, a lo largo de los acontecimientos cotidianos, suele ir modificando los puntos de vista de que se sirvieron los cónyuges con anterioridad para la construcción de ciertos hechos acerca de la familia. Cuando esto no sucede, la emergencia de los conflictos está asegurada.

7. En este proceso funciona el *corolario de experiencia*, que establece que «el sistema de constructos de una persona varía con las sucesivas construcciones de réplica de los acontecimientos» (Kelly, 1966, p. 102). En la construcción de los hechos es la misma construcción la que va modificando el sistema, a través de la elaboración, abstracción e interpretación de los acontecimientos, y no sólo la mera exposición a esos mismos hechos.

Por tanto, la personalidad hará que la persona se adapte mejor al mundo, a través de sus constructos personales, gracias a los cuáles anticipa lo que todavía no ha sucedido. Desde el punto de vista social o interpersonal, la afinidad o enemistad con otras personas depende mucho de cómo las percibamos y de lo que signifiquen para nosotros. Además, podemos ayudar tanto más a una persona cuanto mejor la entendamos, y la entendemos tanto más cuanto mejor conocemos los constructos personales de los que se sirve.

El proceso cognitivo y la conducta que sigue a aquél dependen, en gran parte, del modo en que anticipamos (expectativas) lo que sucederá en el futuro.

El modo en que un esposo anticipa qué le dará su esposa, desvela, en cierto modo, cómo es su personalidad. Este modo de construir la conducta del otro, cuando todavía ésta última no se ha producido, es lo que permite diferenciar a unas personas de otras. Esta teoría señala que aunque dos personas hayan recorrido trayectorias biográficas muy diferentes, no obstante, pueden coincidir en el mismo modo en que hacen atribuciones respecto de los demás y predecir así su comportamiento de una forma parecida, lo que comportaría, desde esta teoría, que tienen personalidades muy parecidas.

8. Kelly formula otra proposición que conforma su teoría como el *corolario de modulación*, según el cual «la variabilidad del sistema de constructos está limitada por la permeabilidad de aquellos, dentro de cuyo rango de conveniencia caen las variantes» (Kelly, 1966, p. 109). El rango de conveniencia viene determinado por los aspectos de la realidad para los que es útil. Un constructo es permeable cuando uno de sus polos puede cambiar, cuando no es rígido, cuando admite nuevos elementos en su ámbito de conveniencia, lo que en cierto modo supone la capacidad de añadir, de modo discriminado, nuevas experiencias a las que ya contenía. La permeabilidad permite la modificación de un constructo inicial, según una variante más acorde con la experiencia.

Gracias a esto, precisamente, se da la evolución en el desarrollo. Gracias a la puesta en juego de este corolario puede plantearse la reorientación y reconstrucción del sistema de constructos que son indispensables en muchos procesos rehabilitadores.

En cierto modo, el aprendizaje depende de que esos constructos sean lo suficientemente permeables, plásticos y versátiles, de manera que se vayan modalizando en función de la información que nos llega de la experiencia cotidiana.

Si la experiencia de la convivencia diaria no logra modificar el modo de juzgar al otro, habrá que convenir que su constructo personal es impermeable, y que la persona está en cierto modo imposibilitada para enriquecerse con el aprendizaje de la experiencia cotidiana.

Si, por el contrario, es permeable, será susceptible de ser modificado a tenor de las nuevas experiencias, lo que le permitirá clasificar de otra forma a su cónyuge. Los constructos rígidos o impermeables suelen ser una fuente de conflictos conyugales; los constructos permeables y versátiles, no.

En ocasiones, se dispone de dos constructos respecto del otro cónyuge, que son entre sí contradictorios. Esto es lo que sucede cuando se admira al otro, al mismo tiempo que se le teme. Admiración y temor no pueden convivir simultáneamente, referidos a una sola y misma persona. Cuando esto sucede, las expectativas que de aquí resultan y las mismas predicciones devienen contradictorias, por lo que acaba por paralizarse el comportamiento de los cónyuges. De aquí emergen unas relaciones interpersonales en la pareja, frecuentemente conflictivas.

9. *El corolario de fragmentación* designa el hecho de que «una persona pueda emplear sucesivamente una variedad de subsistemas de constructos que, inferencialmente, son incompatibles entre sí» (Kelly, 1966, p. 116). Este corolario equilibra la excesiva racionalidad y lógica de los anteriores. En cualquier momento, una persona puede configurar un constructo y, más tarde, modificar los polos de los constructos de que disponía con anterioridad.

Los dos corolarios que a continuación se describen hacen referencia a las diferencias y similitudes que pueden aparecer entre distintas personas, en cuanto al modo de establecer y estructurar el propio sistema de constructos.

10. *El corolario de comunalidad* sostiene que «si una persona emplea una construcción de la experiencia similar a la de otra, los procesos psicológicos de ambas, serán similares» (Kelly, 1966, p. 125). Es decir, si construyen la experiencia de modo similar, se infiere que dispondrán de procesos psicológicos similares. De aquí no se sustancia que la supuesta identidad del substrato personal es lo que hace que tengamos construcciones similares. Más bien se debería apelar a otras explicaciones. Así, por ejemplo, una base cultural común, a través de algunas normas y roles sociales, puede fundamentar una cierta semejanza en los procesos psicológicos de diversas personas.

11. *El corolario de socialidad* sostiene que «el modo en que una persona construye los procesos de otra, puede constituir una parte del proceso social que implica a aquella» (Kelly, 1966, pp.131). Este corolario tiene, además, una cierta vigencia en lo relativo a la práctica clínica, puesto que se considera que para desempeñar un papel importante en relación con una persona hay que entender su modo de ver las cosas. La capacidad de anticipar correctamente los constructos ajenos es esencial para ciertas profesiones. Es también una característica esencial en cualquier líder, pero es sobre todo fundamental, en la práctica de la psicoterapia.

A continuación, se resume en la Tabla 1, los corolarios y algunas de las implicaciones que pueden llegar a tener.

Tabla 1: Corolarios, definición e implicaciones

<i>Corolario</i>	<i>Definición</i>	<i>Implicaciones</i>
Construcción	Una persona anticipa los acontecimientos construyendo sus réplicas (Kelly, 1966, p. 74).	El sujeto enge construcciones de semejanza y contraste, mediante la observación, que le permite llegar a anticipar y a predecir cuál debe ser su conducta en cada caso. Entre otras cosas, este corolario establece la base necesaria para el desarrollo del razonamiento matemático.
Individualidad	Las personas físicas difieren entre sí en la construcción de los acontecimientos (Kelly, 1966, p. 80).	Constituye el fundamento de las diferencias individuales. Desde el momento en que cada persona vive experiencias distintas, la forma de construir la propia realidad será también diferente. No en vano Kelly llama a su teoría «de los constructos personales».
Organización	Cada persona desarrolla de manera característica, para su conveniencia en la anticipación de acontecimientos, un sistema de construcciones que amplía relaciones ordinales entre construcciones (Kelly, 1966, p. 82).	Confirma el corolario anterior, demostrando que las diferencias individuales no dependen sólo del sistema de constructos, sino también del orden en que se establecen dichos constructos. Los constructos no se encuentran flotando unos sobre otros sin conexión entre ellos; por el contrario, están relacionados en órdenes jerárquicos y de esta forma unos constructos se subordinan o se superponen a otros, de forma organizada. Este corolario es fundamental, según Kelly, para la comprensión del más común de los trastornos psíquicos: la ansiedad.
Dicotomía	El sistema de construcción de una persona está compuesto por un número finito de construcciones dicotómicas (Kelly, 1966, p. 86).	Resulta de gran importancia la consideración de este corolario a la hora de intentar comprender las diversas formas de construir la realidad. Hasta no conocer los dos polos del constructo, no podemos comprender el punto de vista del otro. Son muchas las implicaciones de esta afirmación para la práctica clínica y la relación con el enfermo, así como en el ámbito de las relaciones conyugales.
Elección	Una persona escoge para sí la alternativa, en una construcción dicotómica, por la cual anticipa la mayor posibilidad de extensión y definición de su sistema (Kelly, 1966, p. 92).	Este corolario facilita las predicciones en cuanto al modo en que actuará la persona. Resulta de utilidad sobre todo en el ámbito de la terapia. Kelly ha planteado, en este corolario, la controvertida cuestión de libertad versus determinismo concluyendo que no se trata de afirmar si somos o no somos libres, sino que la cuestión de fondo consiste en considerar que algunos sujetos en algunas ocasiones son más libres y en otras ocasiones se encuentran más determinados por las circunstancias.

Tabla 1: Corolarios, definición e implicaciones (cont.)

<i>Corolario</i>	<i>Definición</i>	<i>Implicaciones</i>
Ámbito	Una construcción es conveniente sólo para anticipar un ámbito finito de acontecimientos (Kelly, 1966, p. 97).	No todos los constructos son válidos para todas las situaciones. Algunos son amplios y muy comprensivos (bueno-malo) y otros más restrictivos en cuanto a su aplicación (fluorescente-incandescente). Cuando hay conflictos es necesario conocer el ámbito de aplicación de los constructos, para determinar si radica ahí el problema o no.
Experiencia	El sistema de construcción de una persona varía con la construcción sucesiva de réplicas de los acontecimientos (Kelly, 1966, p. 102).	Este constructo hace referencia directa al aprendizaje. Cuando los acontecimientos no se suceden como han sucedido en el pasado, nos vemos obligados a «reconstruir», introduciendo en nuestro sistema de constructos un nuevo elemento. Las nuevas experiencias alteran y modifican nuestras futuras anticipaciones. Es decir, aprendemos.
Modulación	La variación en el sistema de construcción de una persona, está limitada por la permeabilidad de las construcciones, dentro de cuyo ámbito de conveniencia se hallan las variantes (Kelly, 1966, p. 109).	Es importante la consideración de este corolario en el caso en el que haya que recurrir a modificaciones en el sistema de constructos. La permeabilidad o impermeabilidad del sistema determinará el éxito o fracaso de las pertinentes modificaciones o variaciones que haya que introducir.
Fragmentación	Una persona puede emplear sucesivamente una variedad de subsistemas de construcciones que son, por inferencia, incompatibles entre sí (Kelly, 1966, p. 116).	En ocasiones, nuestras propias conductas pueden ser inconsistentes con nuestro propio modo de actuar o de proceder. En muchos casos nos vemos obligados a desempeñar diferentes roles en la vida: soy hombre, soy marido, soy padre, soy profesor; cada uno de estos roles me mueve a actuar de formas distintas, que pueden resultar entre sí incompatibles o inconsistentes. El problema aparece cuando las inconsistencias de la conducta se producen a altos niveles.
Comunalidad	En función de que una persona emplee una construcción de la experiencia similar a la empleada por otra persona, sus procesos psicológicos serán similares (Kelly, 1966, p. 125).	El hecho de compartir la misma cultura y de estar expuestos a estímulos y situaciones muy similares, explica la posibilidad de llegar a establecer idénticos o muy similares modos de construcción de la propia realidad.
Socialidad	En función de que una persona construya los procesos de construcción de la otra, desempeñará un proceso social que implicará o no a la otra persona (Kelly, 1966, p. 131)	Dice Kelly: «si podemos predecir lo que los demás harán, podremos ajustarnos a su conducta (...), se produce el ajuste mutuo». (Kelly 1966, p. 132). Es evidente que las implicaciones de estas afirmaciones son muchas: en la relación enfermo-terapeuta, en la relación conyugal, en la relación interpersonal, a todos los niveles.

Todo lo dicho revierte una vital importancia en el complejo mundo de las relaciones familiares y conyugales.

Por eso resulta convincente —hay una experiencia común que así lo avala—, que los cónyuges dispongan de un mismo o parecido modo de proceder a la hora de construir sus respectivas experiencias personales. Entre otras cosas, porque eso significa que ambos están muy cercanos en el modo, en el estilo en que emplean sus respectivos procesos cognitivos, lo que suele salir garante de una mayor proximidad o similitud en su personal forma de ser, en el modo en que cada uno se conduce a sí mismo, en lo que recíprocamente se espera del otro, en el modo incluso de construir sus peculiares relaciones personales y conyugales.

Lo mismo podría afirmarse respecto de otras influencias socioculturales que, en mayor o menor grado, matizan, subrayan o enfatizan estos constructos cognitivos. De hecho, es una experiencia muy común que el parecido o similitud entre los factores culturales o los ámbitos socioculturales de los que proceden ambos cónyuges, faciliten su respectiva adaptación al matrimonio y garanticen, hasta cierto punto, la futura vida de la pareja. Una relativa cercanía cultural entre los esposos, posibilita el que cada uno de ellos entienda mejor el modo en que el otro ve las cosas. De aquí que constituya un indicador, importante aunque relativo, que predice una mejor adaptación de los cónyuges entre sí y al matrimonio.

No obstante, hay que señalar que pueden entenderse muy bien los cónyuges, a pesar de sus diferencias socioculturales y de proceder de muy diversos contextos. Lo que, en cambio, resulta mucho más difícil es que se entiendan bien entre ellos, cuando los procesos cognitivos que caracterizan a ambos son entre sí muy contradictorios.

3. La estructura de la personalidad y los constructos

Kelly propone una estructura de la personalidad configurada por subsistemas de constructos binarios, en el que cada uno de ellos puede evaluarse con relación a los demás. La estructura de la personalidad consiste, para Kelly, en un sistema de compartimentos formados por diversos constructos, en el que cada compartimento se relaciona con todos los demás. Dichos compartimentos están organizados jerárquicamente, siguiendo una línea deductiva que permite que se vaya pasando de unos a otros. El número de constructos es limitado.

Kelly desarrolló una clasificación de los diversos tipos de constructos, que detallamos a continuación. De un lado, la distinción entre *constructos nucleares o periféricos*, entendiendo por nucleares aquellos que son centrales para el sistema; y periféricos, en cambio, los que son menos decisivos para la organización interna del sistema.

Además, los constructos pueden ser *permeables o impermeables*. Los constructos permeables permiten nuevos elementos en su rango de conveniencia; por el contrario, los constructos impermeables no permiten la asunción de nuevos elementos en su rango de conveniencia.

Cabe distinguir también entre los *constructos firmes*, aquellos que ofrecen predicciones específicas, y los *vagos*, es decir, aquellos constructos de los que no se derivan expectativas concretas.

Se habla de *constructos verbales* para indicar a aquellos cuya abstracción se acompaña de una representación concreta y verbal, y de *constructos preverbales*, en el caso de que no se acompañen de una representación mental concreta.

En función de su grado de abstracción, se habla además de *constructos de abstracción mínima*, y *constructos de abstracción máxima*. En función de las relaciones de orden existentes entre ellos se contradistinguen los *constructos supraordenados*, aquellos más complejos; y los *subordinados* (a los supraordenados), en el caso de tratarse de constructos más sencillos.

Por último, en función de las implicaciones de unos con otros, pueden diferenciarse en *apropiativos* (aquellos que ejercen un poder determinante sobre sus elementos y lo hacen de forma excluyente. «Por ejemplo una pelota solo puede ser una pelota y todas aquellas cosas que son pelotas están excluidas del campo de otras construcciones»; p. 204), *proposicionales*, (aquellos que dejan libertad a los elementos que los componen para poder incluirse en otras proposiciones. «En el caso de la pelota, por ejemplo: cualquier masa redonda puede considerarse entre otras cosas, una pelota. Tal construcción es relativamente proposicional puesto que no depende de nada (...); la construcción proposicional representa un extremo del continuo cuyo otro extremo está representado por las construcciones apropiativas y constelatorias»; p. 206), y *constelatorios* (cuando permiten a sus elementos pertenecer a otras categorías, aunque fijen su *pertenencia* a algunas. «Por ejemplo, en la afirmación: algo que sea una pelota deber ser también algo que rebote, es una construcción constelatoria» (p. 206). Se presentan en la tabla 2 distintos tipos de constructos.

Para la evaluación y el diagnóstico de la personalidad uno de los instrumentos propuestos por el autor es el «Test de repertorios de constructos de roles». En esta prueba se trabaja sobre un inventario de los roles que son más relevantes para las personas, roles que se formulan de modo apareado y que se comparan entre sí oponiéndolos a cada uno de los restantes roles del inventario. Estas comparaciones diádicas o polares han sido muy eficaces para la evaluación de la personalidad, puesto que permiten hacerse cargo de los procesos cognitivos empleados por las personas a la hora de calificar otras personas o acontecimientos de su ambiente.

Tabla 2: Tipos de constructos

<i>Constructos nucleares:</i> centrales para el sistema (constructo inteligencia).		<i>Constructos periféricos:</i> son menos decisivos para la organización interna del sistema (constructo mesa).	
<i>Constructos permeables:</i> implican elementos adicionales, permiten nuevos elementos más significativos en su rango de conveniencia (guapo-feo)		<i>Constructos impermeables:</i> basados en un contexto específico que no admite elementos adicionales; no permiten nuevos elementos en su rango de conveniencia (leal-desleal; temor-dominación; respeto-desprecio).	
<i>Constructos firmes:</i> ofrecen predicciones específicas (comer o no comer).		<i>Constructos vagos:</i> no generan expectativas concretas (amor-desamor).	
<i>Constructos verbales:</i> aquellos cuya abstracción se acompaña de una representación concreta y verbal (coche).		<i>Constructos preverbales:</i> no se acompañan de una representación mental concreta (miedo).	
<i>Según el grado de abstracción</i>	<i>Constructos de abstracción mínima:</i> características físicas: delgado-grueso; o psíquicas: extrovertido-introvertido.		<i>Constructos de abstracción máxima:</i> las cualidades psicológicas: depresivo, obsesivo.
<i>Según las relaciones de orden entre los constructos</i>	<i>Constructos supraordenados:</i> más complejos (inteligencia: razonamiento-lenguaje-coordinación visomotora).		<i>Constructos subordinados:</i> subordinados a los supraordenados (razonamiento).
<i>Según las implicaciones de unos constructos con otros</i>	<i>Constructos apropiativos:</i> constructos que se apropian de sus elementos, asumiéndolos exclusivamente como propios.	<i>Constructos constelatorios:</i> los que permiten a sus elementos pertenecer a otros ámbitos al mismo tiempo.	<i>Constructos proposicionales:</i> aquellos que dejan a sus elementos abiertos a formar parte de otras construcciones.

A través de las definiciones que el sujeto proporciona acerca de otras personas, según sus propias categorías, puede apresarse la estructura implícita de su personalidad, estructura que está sumergida en su modo de calificar el mundo.

Este procedimiento ha demostrado ser fiable y válido, obteniéndose constructos que han demostrado ser fiables, estables y consistentes tanto al evaluar a diversas personas en un mismo contexto, como a la misma persona en diferentes contextos.

La teoría de Kelly está muy puesta en razón al sostener que los procesos cognitivos son responsables del comportamiento, a cuyo través emerge y se configura la propia personalidad. Esto quiere decir que se subraya algo que ya sabíamos: que el comportamiento humano es propositivo, intencional, teleológico. Es decir, que la conducta humana es finalista, que la persona se propone fines, que en muchos casos no son otros que la síntesis del arco motivacional e intrínseco por el que así se conduce.

Paradójicamente, no hay en la teoría de Kelly referencia alguna a variables de tipo interno como motivación, tendencia o impulso. Para Kelly,

el ser humano es básicamente activo, por lo que es innecesario hablar de una teoría de la motivación.

La estructura cognitiva de la personalidad en este sistema de constructos, es la responsable de la actividad, direccionalidad y propositividad de la conducta. La conducta está sometida a un proceso activo y dinámico, por lo que Kelly considera su teoría como una teoría del cambio constante. De aquí que a fin de anticiparse al medio, el individuo vaya modificando sus constructos, en función de cual sea su experiencia personal y biográfica.

4. La psicopatología implícita en esta teoría

El concepto implícito de psicopatología en Kelly es una consecuencia lógica de los presupuestos de su teoría y, desde luego, conforme con ellos. Los términos psicopatológicos por él postulados son perfectamente compatibles con su teoría de la personalidad, aunque dejan fuera de foco numerosas variables psicopatológicas relevantes, que son ignoradas. De aquí, la caída en el reduccionismo en que incurre puesto que desatiende, sistemáticamente entre otras, variables psicofisiológicas que han probado su tozudez en la explicación de la etiología y el tratamiento de los síntomas psicopatológicos a los que alude.

Kelly considera que todo proceso de modificación personal lleva consigo cambios emocionales, cuyas manifestaciones se hacen presentes a través de la ansiedad, la amenaza, la hostilidad, la agresividad y la culpa. La explicación que Kelly propone, para estos fenómenos, que son habituales en la dinámica de la personalidad, tiene un carácter principal y exclusivamente cognitivo. Kelly los explica como meros efectos, en función de los cambios que acontecen en el sistema de constructos personales.

Así, la *ansiedad* se origina, según Kelly, cuando los acontecimientos con los que el sujeto se enfrenta, caen fuera de su sistema de constructos. En esas circunstancias, la persona se enfrenta a una realidad que no sabe cómo manejar; de aquí que su sistema de constructos no le sirva para anticipar la pertinente conducta que había que emitir ante ese acontecimiento.

Kelly sostiene que una persona es ansiosa, no por ser víctima del conflicto, sino porque no sabe construir la realidad en que asienta el conflicto. La ansiedad es, pues, generada por la ignorancia o confusión acerca del modo más conveniente de afrontar una situación novedosa.

La *amenaza* surge cuando la persona vive repetidamente una situación de dificultad y percibe la necesidad de realizar un cambio en su sistema de constructos. Kelly define la amenaza como la conciencia de la proximidad

de un cambio importante en la estructura del sistema de constructos. Cuando la amenaza hace su aparición, se produce en el interior del sujeto un total derrumbamiento del sistema de constructos de que disponía hasta ese momento.

La *hostilidad*, en cambio, surge como una forma de defensa de la persona ante la evidencia del fracaso de su sistema de constructos. La reacción más frecuente consiste en echar la culpa a los demás. Sólo cuando se encuentra un sistema alternativo, desde el cual ver la situación, es probable que se abandonen los sentimientos hostiles. Pero si esto no sucede, el sujeto pretenderá que sean los otros los que intenten comprender su propia situación.

La *agresividad* aparece cuando el sistema de constructos falla y la persona trata de confirmarlos desde sus ideas, que en modo alguno modifica. La persona se comporta así para tratar de validar sus constructos y extender, tanto como le sea posible, su ámbito de aplicación. La agresividad es consecuencia de la extensión activa del propio campo perceptivo, lo que comporta una cierta iniciativa por parte del sujeto.

El *sentimiento de culpa* aparece una vez que el sujeto toma conciencia de haberse desviado de la estructura fundamental del rol que había asumido frente a los demás. En la teoría de Kelly es fundamental el rol que una persona se atribuye a sí misma.

En cualquiera de las situaciones anteriores, para Kelly, la figura del enfermo es la de un mal científico, un científico inhábil que se aferra a sus predicciones y no es capaz de cambiarlas, a pesar de los continuos fracasos que está experimentando. El paciente continúa haciendo hipótesis y predicciones que, sin embargo, no se cumplen. De acuerdo con su visión del hombre, para Kelly más que enfermos mentales, lo que hay son «malos científicos»: todos los que tienen ideas vagas, erróneas y desordenadas sobre la realidad; los que generan hipótesis no verificables; etc.

Kelly trata de explicar de esta forma, sin apenas conseguirlo, el comportamiento patológico. Según su teoría, se puede entender a una persona depresiva, obsesiva, esquizofrénica, desde sus propios constructos personales. Por el contrario, una persona normal es la que funciona implícitamente como un «buen científico», porque elabora hipótesis, anticipaciones y predicciones que se cumplen.

A pesar de la creatividad —preciso es reconocerlo— que adorna a esta teoría, hay que hacer algunas precisiones. En el ámbito de la psicopatología su alcance es prácticamente irrelevante, tanto desde una perspectiva explicativa como terapéutica y/o comprensiva. Otra cosa muy distinta es si se considera esta teoría como lo que realmente es, nada más y nada menos que una teoría de la personalidad. Aquí, por el contrario, su alcance es mucho mayor. Y, sin duda alguna, puede contribuir a entender me-

por qué sea la personalidad y cómo intervenir en ella en lo relativo a su formación y a la prevención y tratamiento de ciertas alteraciones.

Este es el caso por ejemplo, de lo que sucede con los pacientes depresivos y el modo en que experimentan —conocen, atribuyen y sienten— su enfermedad. De hecho, muchos de sus síntomas se modifican por el tratamiento farmacológico, pero también por otros factores, que estarían más en consonancia con la teoría de Kelly. Es sabido, como se manifestó en otra publicación (Polaino-Lorente, 1993), que en buena parte hay síntomas depresivos cuya modificación se justificaría mejor bien apelando a un cambio en las atribuciones del paciente, o bien apelando al cambio que los fármacos originan simultáneamente en la sintomatología y en su estilo atribucional. Por contra, hay síntomas depresivos que sólo se modifican mediante la pertinente administración de psicofármacos antidepresivos, como también hay otro tipo de síntomas que se modifican mejor a través de la terapia de la reestructuración cognitiva de la depresión.

La teoría de Kelly nos ha resultado también muy ventajosa en la investigación de la adquisición y cambio de valores en los adolescentes y sus posibles relaciones con el consumo de drogas (Ruiz Carrasco, Lozano Sanz Martín y Polaino-Lorente, 1994), lo que podría ser muy rentable tener en cuenta al diseñar programas para la prevención de las drogadicciones.

De igual modo, el constructo de Kelly se ha mostrado muy eficaz en investigaciones relativas a la identificación de las variables personales y familiares y al mayor o menor peso que éstas tienen en los patrones de comportamiento y estilos de consumo de alcohol y drogas ilegales por los adolescentes (Polaino-Lorente, Lozano Sanz Martín y Ruiz Carrasco, 1994).

La teoría de Kelly resulta por otro lado discutible cuando, por un exceso de magnificación, niega o infraestima la relevancia de los estímulos ambientales, los refuerzos, las motivaciones o las tendencias que hacen posible el aprendizaje, que en ella se niega.

En cualquier caso, esta teoría de la personalidad puede resultar de cierta eficacia a la hora de explicar y tratar determinados conflictos conyugales, muy poco dependientes de la psicopatología de los cónyuges y relativamente leves en su intensidad.

El reduccionismo cognitivista o constructivista de Kelly es patente cuando habla de trastornos psicopatológicos muy graves como, por ejemplo, la esquizofrenia (que considera como un sistema de constructos desordenado y desestructurado, con muy pocas relaciones entre los elementos y poco consistentes en el tiempo), el trastorno maníaco-depresivo (que, lo reduce a una mala impostación del corolario de elección), o los trastornos obsesivos (que, según él, se generan a partir de un sistema de constructos erróneos, impermeables y rígidos).

La terapia que Kelly propone está estrechamente relacionada con la concepción de los constructos personales. La estrategia básica que él propone es la de la «terapia del rol fijo», que se basa en un supuesto esencial de su teoría: que el hombre es psicológicamente como él se percibe.

Con la *terapia del rol fijo* se trata de ayudar al sujeto a reelaborar su propio sistema de constructos. En principio, cualquiera tiene la posibilidad de poder llegar a ser la persona que siempre ha querido ser.

Mediante estas estrategias terapéuticas se pretenden reconstruir los constructos personales que son más inadecuados. La forma en que se interviene es similar al modo en que se comportaría el director de una investigación. El terapeuta comienza analizando la «teoría» implícita del paciente (el sistema de constructos), para después, identificar y reformular sus partes erróneas, mediante la dirección de experimentos «vitales». Posteriormente, dichos experimentos se analizan de acuerdo con el terapeuta. El terapeuta procura que el paciente ponga en práctica ciertas construcciones alternativas, empleando habitualmente el «rol playing» para facilitar la modificación de las actitudes del cliente.

Algunos autores han tratado de modificar ciertos constructos personales en personas que padecen un trastorno psiquiátrico. Así, por ejemplo, una persona depresiva que sólo percibe sucesos desagradables, es probable que conceptualice y califique todo lo que sucede en este mundo con un solo constructo, y desde un polo que es muy negativo (como, por ejemplo, la muerte, la tristeza o el fin del mundo).

Modificar este modo de conceptualizar la realidad es muy difícil, pero se ha intentado con algunos resultados, especialmente en personas de menos de 30 años de edad, susceptibles de ser motivadas y cuyo sistema de constructos es todavía permeable y, por tanto, susceptible al cambio.

5. A modo de conclusión

La vía de acercamiento al estudio de la personalidad que acabamos de estudiar nos permite llegar a la siguiente conclusión: por lo general nos tienen que importar mucho menos los juicios calificativos que acerca de nuestra propia persona oigamos. El modo en que cada persona diseña su constructo acerca de sí misma (y con el cual se juzga a sí misma y así queda juzgada), debiera ser menos dependiente del juicio de los demás. Depender del juicio de los otros es casi siempre un gran error, porque los demás no juzgan desde la realidad que somos sino desde su personalidad. Por el contrario, la persona así juzgada suele tomar como realidad el juicio que los otros han hecho de ella, desde sus respectivas personalidades.

Pongamos un ejemplo. Si una persona nos dijera que no somos inteligentes, ¿qué nos importaría más, que nos lo dijera un personaje conocido por ser socialmente relevante o no? Si el personaje nos fuera indiferente, ¿sería relevante lo que nos dijera?, ¿nos daría igual que lo dijeran los jefes de los gobiernos europeos?, ¿nos daría igual que lo dijeran en el despacho donde se reúnen para hablar de política o en un programa de televisión que se emita a todo el mundo?, ¿nos da igual el juicio privado que el público?, ¿nos daría igual que esa información llegase a personas que nos conocen o que no?

Aunque afirmemos que nos da igual, lo más probable es que no sea así. No nos da igual que el juicio acerca de nuestras personas sea privado o público; que proceda de gente que nos conoce o que nos ignora; que lo diga una sola persona relevante o una persona irrelevante. ¡Claro que nos importa —y mucho— la persona que así nos juzga!

Lo habitual es que, cuando dicen algo negativo acerca de nosotros, nos sintamos heridos y lo pasemos mal. Y si lo pasamos mal es porque todavía no tenemos un juicio bien fundamentado, bien establecido acerca de nosotros mismos, sino que más bien dependemos, como «cosa juzgada» de lo que acerca de nosotros opinen las personas que nos rodean.

Dicho de otra forma: podría afirmarse que somos todavía dependientes del juicio ajeno. Si una persona tuviera un juicio bien fundamentado acerca de ella misma, apenas si le importaría lo que pueda decir ésta o aquella persona. Esto debiera trasladarse al ámbito familiar, es decir a las interacciones padre-hijo, madre-hijo, hermanos entre sí, novio-novia, profesor-alumno, etc.

Una última consecuencia se deriva de esta teoría de la personalidad: la prudencia que hemos de tener, a la hora de juzgar a los otros. Tal como parece estar demostrado, somos muy vulnerables al juicio que acerca de nosotros los demás puedan hacer. Entre otras cosas, porque ni siquiera somos capaces de conocernos y de juzgarnos objetivamente a nosotros mismos. Y el juicio de los otros reobra y modifica, además, el propio juicio personal.

De aquí, la prudencia y el respeto al otro cuando estemos obligados a juzgarle. Conviene no olvidar que también el otro es vulnerable a lo que le digamos y a cómo le calificamos. Un juicio irresponsable o despectivo y a la ligera puede llegar a destrozar la intimidad del otro y, por consiguiente, el denso núcleo de su única e irrepetible personalidad.

6. Bibliografía

- BOREE, G. C. (2000), *Personality Theories*. Ship.edu/cgbooree/kelly.html.
GEIOWITZ, J. (1977), *Teorías no freudianas de la personalidad*, Madrid, Marova.

- KELLY, G. A. (1958), *Man's construction of his alternatives*, en: LINDZEY, G., *Assessment of human motivation*, New York, Rinehart.
- (1966), *Teoría de la personalidad*, Troquel, Buenos Aires (orig. 1963)
- PELECHANO, V. (1996), *Psicología de la personalidad*, Barcelona, Ariel.
- PERVIN, L. A. (1999), *La ciencia de la personalidad*, Madrid, Mc Graw Hil.
- (2000), *Personalidad, teoría e investigación*, Méjico, El manual moderno.
- PERVIN, L. A., y JOHN, O. P. (1999), *Personalidad*, Méjico, El manual moderno.
- (1999), *Handbook of personality: theory and research*, New York, Guilford.
- POLAINO-LORENTE, A. (1986), «La personalidad: entre la anticipación y los constructos alternativos», Ciclo de conferencias, Pamplona, Universidad de Navarra.
- (1993), «Modificaciones sintomatológica y atribucional en una muestra de pacientes depresivos sometidos a tratamiento farmacológico», *Psiquis*, 14, 6-8: 259-266.
- POLAINO-LORENTE, A.; LOZANO SAN MARTÍN, E., y RUIZ CARRASCO, P. (1994), «Variables personales, familiares y patrones de consumo de alcohol y drogas ilegales en el adolescente», *Anales de Psiquiatría*, 10, 4: 157-162.
- RUIZ CARRASCO, P.; LOZANO SAN MARTÍN, E., y POLAINO-LORENTE, A. (1994), «Los valores en el adolescente y el consumo de sustancias», *Anales de Psiquiatría*, 10, 3: 115-120.